

en los prójimos, dejadlo á Dios; que por donde vos mas os humillais y bajais, por ahí os levantará él mas con otra estima muy diferente de la que vos pudiéades alcanzar por esotros medios y prudencias humanas.

Y no se os ponga tampoco delante la honra y autoridad de la Religion, que es otra solapa que se nos suele algunas veces ofrecer, asi en esta como en otras cosas semejantes, para colorear nuestra imperfeccion é inmortificacion. «Oh! que no lo hago yo por mí, sino por la autoridad de la Religion, que es razon se le tenga respeto. Dejaos de esos respetos, que la Religion tambien ganará mas en que os vean á vos humilde, callado y sufrido; porque en eso consiste la autoridad y estima de la Religion, en que sus religiosos sean humildes y mortificados y estén muy deshechos de todo lo que tiene sabor y olor de mundo.

El P. Mafeo, en la Historia de las Indias cuenta (1), que predicando uno de los nuestros en el Japon la fé de Cristo nuestro Redentor, en una calle pública de Firando, un gentil de aquellos, que acaso pasaba por allí, hizo burla de él y de lo que predicaba, y arranca un flemon muy grande, y escúpele en el rostro. El predicador sacó su pañuelo y limpióse, sin mostrar turbacion alguna y sin responder palabra, y prosiguió su sermón con el mismo tenor y semblante como si no hubiera pasado nada. Uno de los que estaban oyendo notó mucho aquello, y viendo la paciencia y humildad grande del predicador, comenzó á pensar entre sí: «no es posible que doctrina que enseña tanta paciencia, tanta humildad y constancia de ánimo, no sea del cielo; cosa de Dios debe de ser esta.» Lo cual hizole tanta fuerza que le fué motivo

(1) Mafeus, lib. XIV hist. Indiarum, pag. 277 años 280.

para convertirse, y asi se fué tras él en acabando de predicar, y le pidió que le instruyese en la fé y le bautizase.

CAPITULO XXX.

Del tercero grado de humildad.

El tercero grado de humildad es, quando uno teniendo grandes virtudes y dones de Dios, y estando en grande honra y estimacion, no se ensoberbece en nada, ni se atribuye á sí cosa alguna, sino todo lo refiere y atribuye á su misma fuente, que es Dios, del cual procede todo bien y todo don perfecto. Este tercero grado de humildad, dice San Buenaventura (1), es de grandes y perfectos varones, que quanto mayores son tanto mas se humillan en todo. Que uno siendo malo é imperfecto, se conozca y estime por tal, no es mucho; bueno es, y de loar es; pero no es de maravillar, como no lo es que el hijo del labrador no quiera ser tenido por hijo del rey, y que el pobre se tenga por pobre, y el enfermo por enfermo, y que quieran ser tenidos por tales de los demas; pero que el rico se haga pobre, y el grande se apoque y conforme con los bajos, haciéndose pequeño, esto es de maravillar. Pues asi, dice el Santo (2), no es de maravillar que, siendo uno malo é imperfecto, se tenga por malo é imperfecto; antes lo es, que siendo tal, se tenga por bueno y por perfecto, como si estando lleno de lepra se tuviese por sano. Pero que el que es muy aventajado en virtud, y tiene muchos dones de Dios, y es verdaderamente grande ante su divino acatamiento, se tenga por pequeño, esa es humildad grande y de maravillar. Dice San Bernar-  
«Grande y rara virtud es que obre uno

(1) Bonav. processu 6 Relig. cap. 22. (2) Idem dicit Bernard. serm. 45, super Cantica.

grandes cosas y que no se tenga por grande, sino por pequeño; que todos le tengan por santo y varón admirable, y que solo él se tenga en poco. En mas tengo esto, dice, que todas las demas virtudes (1). Esta humildad se halló perfectísimamente en la Sacratísima Reina de los Angeles, que sabiendo que era elegida por Madre de Dios, con profundísima humildad se reconoció por sierva y esclava suya (2). Dice San Bernardo: «Elegiéndola para tan alta dignidad y tan grande honra, como era ser Madre de Dios, se llama esclava (3); y siendo predicada por la boca de Santa Isabel por bienaventurada entre todas las mugeres, no se atribuyó á sí gloria alguna de las grandezas que en ella había, sino todas se las atribuyó á Dios, engrandeciéndole y ensalzándole por ellas, quedándose ella entera y firme en su profundísima humildad (4). Esta es humildad del cielo. Los bienaventurados tienen alta esa humildad. Y eso dice San Gregorio (5) que es lo que vio San Juan en el Apocalipsi (6), de aquellos veinte y cuatro ancianos que, postrados delante del trono de Dios, le adoraban quitando las coronas de sus cabezas y arrojándolas á los pies del trono. Dice que arrojar sus coronas á los pies del trono de Dios, es no atribuirse á sí sus victorias, sino atribuirlo todo á Dios, que les dió fuerzas y virtud para vencer, y darle á él la gloria y honra de todo. «Razon es, Señor, que te demos la honra y gloria de todo, y que quitemos las coronas de vuestras

(1) Magna et rara virtus profecto, cum magna opereris, magnum te nescire; cum omnibus nota sit sanctitas tua, te solum fatidat; cum omnibus mirabilis appareas, tibi soli vilescas. Hoc ego ipsis virtutibus mirabilis iudico. Bern. serm. 13 super Cant. (2) Mater Dei eligitur, et ancillam se nominat. Bernard. hom. 4 super Missus est. (3) Magnificat anima mea Dominum: et exultavit spiritus meus in Deo salutari meo. Quia respexit humilitatem ancillae suae. Luc. 1. 46. (4) Greg. lib. 22 Moral. c. 14. (5) Apoc. IV, 4 et 10.

cabezas y las arrojemos á tus pies; porque todo es tuyo, y por tu voluntad ha sido hecho, y si algo bueno tenemos, es porque tú lo quisiste (1).» Pues este es el tercero grado de humildad; no alzarse uno con los dones y gracias que ha recibido de Dios, ni atribuirselo á sí, sino atribuirlo y referirlo todo á Dios, como á autor y dador de todo lo bueno.

Podrá decir alguno; «si en eso consiste la humildad, todos somos humildes;» porque ¿quién hay que no conozca que todo el bien nos viene de Dios, y que de nosotros no tenemos sino pecados y miserias? ¿Quién hay que no diga: «si Dios me dejase de su mano seria el mas mal hombre del mundo?» De nuestra parte no tenemos sino perdicion y pecados, dice el Profeta Oseas (2). Todo el favor y todo lo bueno nos ha de venir de acarreo de la liberalidad de Dios. Esto es fé católica, y asi todos parece que tenemos esa humildad; porque todos creemos muy bien esa verdad de que está llena la Sagrada Escritura. El Apóstol Santiago en su canónica dice: «Toda dádiva buena y todo don perfecto nos ha de venir de arriba, del Padre de las lumbres (3).» Y el Apóstol San Pablo dice que «no podemos obrar, ni hablar, ni desear, ni pensar, ni comenzar, ni acabar cosa que sirva para nuestra salvacion, sin Dios, de quien toda nuestra suficiencia procede (4).» Y ¿con qué mas clara comparacion se nos

(1) Dignus es Domine Deus noster accipere gloriam, et honorem, et virtutem; quia tu creasti omnia, et propter voluntatem tuam erant, et creata sunt. Apoc. loc. cit. (2) Perditio tua ex te Israel: tantummodo in me auxilium tuum. Os. XIII, 9. (3) Omne datum optimum, et omne donum perfectum de sursum est, descendens a Patre luminaum. Jacob. I. 17. (4) Quid habes, quod non accepisti? I. ad Cor. IV, 7.—Non quod sufficientes simus, cogitare aliquid a nobis, quasi ex nobis, sed sufficientia nostra ex Deo est. II. ad Cor. III, 5.—Deus est qui operatur in nobis, et velle, et perficere pro bona voluntate. Ad Philip. II, 13.

pudo dar á entender esto que con la que el mismo Cristo nos lo declara en el Sagrado Evangelio? ¿Quereis ver, dice (1), lo poco ó nada que podeis sin mí? “Asi como el sarmiento no puede dar fruto por sí mismo, si no está unido con la vid; asi nadie puede hacer obra meritoria por sí mismo, si no estuviere unido conmigo: Yo soy la vid, vosotros sois los sarmientos: el que está unido á mí, y yo á él, este lleva mucho fruto, porque sin mí nada podeis hacer.” ¿Qué cosa mas fructifera que el sarmiento junto con la vid? ¿Y qué cosa mas inútil y desaprovechada que el sarmiento apartado de la vid? ¿Para qué vale? pregunta Dios al Profeta Ezequiel (2). ¿Qué se hará del sarmiento? no es madera, dice, que valga para obra alguna de carpintería, ni aun para hacer siquiera una estaca que pongais en la pared para colgar de ella alguna cosa: no es bueno el sarmiento apartado de la vid, sino para el fuego. Pues asi somos nosotros; si no estamos unidos con la vid verdadera, que es Cristo, no valemos nada, sino para el fuego (3): si algo somos, es por la gracia de Dios, como dice el Apóstol San Pablo (4). Bien enterados parece que estamos todos en esa verdad, que todo el bien que tenemos es de Dios, y que de nosotros no tenemos sino pecados, y que ningun bien nos habemos de atribuir á nosotros, sino todo á Dios, á quien se le debe la honra y gloria de todo. No parece esto muy dificultoso al que cree, para ponerlo por último

(1) Sicut palmes non potest ferre fructum a semetipso, nisi manserit in vite; sic nec vos, nisi in me manseritis. *Joann. XV, 4.*—Ego sum vitis, vos palmites; qui manet in me, et ego in eo, hic fert fructum multum, quia sine me nihil potestis facere. *Ib.*

(2) Fili hominis, quid fiet de ligno vitis? *Ezech. XV, 2.*

(3) Si quis in me non manserit, mittetur foras sicut palmes, et arescet, et colligent eum, et in ignem mittent, et ardet. *Joann. XV, 6.*

(4) Gratia Dei sum id quod sum. *I. ad Cor. XV, 10.*

y perfectísimo grado de humildad, pues es una verdad de fé tan llana. Asi parece á primera faz; mirándolo superficialmente, y á sobre haz, parece facil; pero no es sino muy difícil.

Dice Casiano (1): á los que comienzan paréceles fácil el no atribuirse nada á sí, y el no estribar, ni confiar en su industria y diligencia, sino referirlo y atribuirlo todo á Dios; pero no es sino muy dificultoso. Porque como nosotros ponemos tambien algo de nuestra parte en las buenas obras, “como obramos nosotros tambien, dice San Pablo (2), y concurrimos juntamente con Dios;” luego tácitamente y casi sin sentirlo, estribamos y confiamos en nosotros mismos, y se nos entra una presuncion y soberbia secreta, pareciéndonos que por nuestra diligencia é industria se hizo esto ó lo otro; y asi, luego nos engraimos y envanecemos, y nos alzamos con las obras que hacemos, como si por nuestras fuerzas las hubiésemos hecho y como si fuesen solo nuestras. No es tan fácil este negocio como parece. Bástanos saber que los Santos ponen este por perfectísimo grado de humildad, y dicen que es humildad de grandes, para que entendamos que hay en ello mas dificultad y perfeccion de lo que parece. Recibir uno grandes dones de Dios, y obrar grandes cosas, y saber dar á Dios la gloria de ello como se debe, sin atribuirse á sí cosa alguna ni tomar de ello algun vano contentamiento, cosa es de mucha perfeccion. Ser honrado y alabado por Santo, y no se le pegar al corazon la honra y estimacion mas que si no tuviera nada, cosa es dificultosa y que pocos la alcanzan; mucha virtud es menester para eso.

Dice San Crisóstomo, que andar entre honras y no pegarse nada al corazon del

(1) Casian. *collatione 2 de castit. et 17 inter collationes.*

(2) Dei enim sumus adjutores. *I. ad Cor. III, 9.*

honrado es como andar entre hermosas mugeres sin alguna vez mirarlas con ojos no castos. Cosa dificultosa y peligrosa es esa, y mucha virtud es menester para ella. Para andar en alto y no desvanecerse, buena cabeza es menester; no todos tienen cabeza para andar en alto. No la tuvieron los ángeles en el cielo, Lucifer y sus compañeros; asi se desvanecieron y cayeron en el abismo del infierno. Ese dicen que fué el pecado de los ángeles, que habiéndolos Dios criado tan bellos y tan hermosos, con tantos dones naturales y sobrenaturales, no estuvieron en Dios (1), ni le atribuyeron á él la gloria de todo; sino estuviéronse en sí, no porque entendiesen que tenían de sí aquellas cosas, que bien sabian que todas venian de Dios y que de él dependian, pues conocian que eran criaturas; sino, como dice el profeta Ezequiel (2), envaneciéndose en su hermosura: pavoneáronse en aquellos dones que habian recibido de Dios, y deleitáronse en ellos como si los tuvieran de sí; no los refirieron ni atribuyeron todos á Dios, dándole á él la gloria y honra de ello; sino que se desvanecieron, ensalzándose y contentándose vanamente de sí mismos, como si de sí tuvierán el bien. De manera, que aunque con el entendimiento conocian que la gloria se debía á Dios, robabánsela con la voluntad y atribuíansela á sí. ¿Veis cómo no es tan fácil como parece este grado de humildad, pues á los mismos ángeles les fué tan dificultoso que cayeron de la alteza en que Dios les habia puesto por no saber conservarse en él? Pues si los ángeles no tuvieron cabeza para andar en lo alto, sino que se desvanecieron y cayeron, mas razon tenemos nosotros de temer no nos desvanezca-

mos, puestos y levantados en alto, porque somos tan miserables los hombres, dice el Profeta David (1), que como humo nos desvanecemos. Asi como el humo, mientras mas alto sube mas se deshace y desaparece, asi el hombre, miserable y soberbio, mientras mas le honran y suben á mas alto estado, mas se desvanece.

¡Oh qué bien y cuán á punto nos avisó de esto Cristo nuestro Redentor! Cuenta el Sagrado Evangelio que habiendo enviado á los setenta y dos discípulos á predicar, volviendo ellos muy contentos y ufanos de su mision, diciendo: «¡Oh Señor, que habemos hecho maravillas! aun hasta los demonios se rendian y nos obedecian en vuestro nombre.» Respóndeles el Redentor del mundo con gran severidad: «Guardaos del vano contentamiento; mirad que por eso cayó Lucifer del cielo (2), porque en aquel estado alto en que fué criado se contentó vanamente de sí mismo y de los dones que habia recibido, y no atribuyó á Dios la gloria y honra como debia, sino se quiso alzar con ella. No os acontezca á vosotros lo mismo; no os desvanezcais con las maravillas y cosas grandes que haceis en mi nombre, ni tomeis vano contentamiento en eso.» A nosotros dicen estas palabras. Mirad no os ensoberbezcais de que por vuestro medio se hace mucha hacienda en los prójimos y se ganan muchas almas. Guardaos no tomeis algun vano contentamiento del aplauso y opinion de los hombres y del mucho caso que hacen de vos. Mirad no os alceis con algo, y se os pegue al corazon la honra y estimacion, porque esto es lo que hizo caer á Lucifer, y lo que de ángel le hizo demonio. En lo cual vereis, dice San

(1) In veritate non sietit. *Joann. VIII, 44.*

(2) Elevatum est cor tuum in decore tuo, perdidisti sapientiam tuam in decore tuo. *Ezech. XXVIII, 17.*

(1) Mox ut honorificati fuerint, et exaltati, deficientes, quemadmodum fumus deficient. *Ps. XXXVI, 20.*

(2) Videbam Satanam sicut fulgur de coelo cadentem. *Luc. X, 18.*

Agustin (1); cuan mala cosa es la soberbia, pues de angeles hace demonios; y por el contrario, cuan buena es la humildad, que hace a los hombres semejantes a los angeles santos.

CAPITULO XXXI.

Declarase en que consiste el tercer grado de humildad.

No habemos acabado de declarar bien en que consiste este tercero grado de humildad; y asi sera menester declararlo un poco mas, para que mejor podamos ponerle por obra, que es lo que pretendemos. Este grado de humildad, dicen los Santos que consiste en saber distinguir entre el oro, que nos viene de Dios, de sus dones y beneficios, y entre el lodo y miseria que somos nosotros, y dar a cada uno lo que le pertenece: atribuir a Dios lo que es de Dios, y a nosotros lo que es nuestro, y que todo esto sea practicamente; en lo cual esta todo el punto de este negocio. De manera, que no consiste la humildad en conocer especulativamente que de nosotros no podemos ni valemos nada; y que todo el bien nos ha de venir de Dios, y que el es el que obra en nosotros el querer y el comenzar y el acabar, por su libre y buena voluntad, como dice San Pablo (2); que conocer esto especulativamente, porque asi nos lo dice la fe, facil cosa es y todos los cristianos lo conocemos y creemos asi; sino en conocer y ejercitar eso practicamente, y en estar tan llanos y tan asentados en esto como si lo viésemos con los ojos y lo tocásemos y palpásemos con las manos. Lo cual dice San Ambrosio (3) que es particu-

(1) Humilitas homines Sanctis Angelis similes facit: et superbia demones ex angelis fecit. Aug. lib. seu epist. de salut. mon. ad quemdam comitem, c. 181. (2) Ad Philip. II, 13. (3) Ambros. epist. 84, ad sacram. virgine. Deme-

larisimo don y merced grande de Dios. Y trae para esto aquello de San Pablo: "Nosotros habemos recibido, no el espiritu de este mundo, sino el espiritu de Dios, para que conozeamos y sintamos los dones que habemos recibido de su mano (1)." Sentir y reconocer uno los dones que ha recibido de Dios, como agenos y como recibidos y dados de la liberalidad y misericordia de Dios, es particular don y merced suya. Y el Sabio Salomon dice que esta es suma sabiduria: "Entender y conocer practicamente que el ser continente no es cosa que podemos nosotros alcanzar por nuestras fuerzas, y que no basta ningun trabajo, ni industria nuestra para eso, sino que es don de Dios y que nos ha de venir de su mano, es suma sabiduria (2)." Pues en esto que San Pablo dice que es particular don y merced de Dios, y Salomon suma sabiduria, consiste este grado de humildad. "Que tienes que no lo hayas recibido y sea ageno?" dice el Apóstol San Pablo (3): todo cuanto bien tenemos es recibido y ageno, de nosotros no tenemos bien ninguno; pues si lo has recibido y es ageno, por que te glorias como si no lo hubieras recibido y como si no fuese tuyo propio?

Esta era la humildad de los Santos, que con estar enriquecidos de dones y gracias de Dios y haberles el levantado a la cumbre de la perfeccion, y con eso a grande honra y estimacion del mundo, con todo eso se tenian ellos por tan viles en sus ojos, y se quedaba su anima tan entera en su baja y humildad, como si no tuvieran nada de

(1) Nos autem non spiritum huius mundi accepimus, sed spiritum qui ex Deo est; ut sciamus, quae a Deo donata sunt nobis. I. ad Cor. II, 12. (2) Et ut scivi, quoniam aliter non possem esse continens, nisi Deus det, et hoc ipsum erat sapientiae, scire ejus esset hoc donum. Otra letra dice: Et hoc ipsum erat summa sapientia. Sapient. VIII, 21. (3) Quid habes, quod non accepisti? si autem accepisti, quid gloriaris quasi non accepisti? I. ad Cor. IV, 7.

aquellos dones. No se les pegaba ninguna vanidad en su corazon, ni cosa alguna de aquella honra y estima en que el mundo los tenia, porque sabian bien distinguir entre lo que era ageno y lo que era suyo propio; y asi, todos los dones, honras y estimacion lo miraban como cosa agena y recibida de Dios, y a el le daban y atribuian toda la gloria y alabanza de ello, quedándose ellos enteros en su baja y, mirando que de si no tenian nada, ni podian bien alguno. Y de ahí les venia, que aunque todo el mundo los ensalzase, ellos no se ensalzaban, ni se tenian por eso en mas; ni se les pegaba nada de aquello al corazon, sino pareciales que aquellas alabanzas no decian ni hablaban con ellos, sino con otro, a quien pertenecian, que es Dios, y en el y en su gloria ponian su gozo y contento.

Y asi con mucha razon dicen ser esta humildad de grandes y perfectos varones. Lo primero, porque presupone grandes virtudes y dones de Dios, que es lo que hace a uno grande delante de el; lo segundo, porque ser uno verdaderamente grande delante de los ojos de Dios y muy aventajado en virtud y perfeccion, y por eso tenido y estimado en mucho de Dios y de los hombres, y tenerse el por pequeño y vil en sus ojos, es grande y maravillosa perfeccion. Y esto es de lo que se maravillan San Crisostomo y San Bernardo de los Apóstoles y otros, que con ser tan grandes Santos y tan encumbrados en dones de Dios y haciendo su Magestad por ellos tantas maravillas y milagros, y resucitando muertos, y siendo por eso tan estimados de todo el mundo; con todo eso, se quedasen ellos tan enteros en su humildad y baja y como si no tuvieran nada de aquello, y como si otro hiciera aquellas cosas y no ellos, y como si toda aquella honra, estima y alabanza fuera agena y se hiciera a otro, y no a ellos. Dice San Bernardo: "No es mucho

humillarse uno en la pobreza y abatimiento, porque eso de suyo ayuda a conocerse y tenerse en lo que es; pero que sea uno honrado y estimado de todos, y tenido por Santo y por varon admirable, y se quede el tan entero en la verdad de su baja y de su nada, como si no hubiera nada de aquello en el; esa es rara y excelente virtud y cosa de grande perfeccion (1). En estos, dice San Bernardo (2), conforme al mandamiento del Señor (3), su luz luce y resplandee delante de los hombres, para glorificar, no a si mismos, sino a su Padre celestial que está en los cielos. Estos son verdaderos imitadores del Apóstol San Pablo (4) y de los predicadores evangélicos, que no se predicán a si mismos sino a Jesu- cristo. Estos son buenos y fieles siervos que no buscan sus comodidades, ni se alzan con cosa alguna, ni se atribuyen nada a si, sino todo lo atribuyen fielmente a Dios, y a el dan la gloria de todo. Y asi oiran de la boca del Señor aquellas palabras del Evangelio: "Alégrate, siervo bueno y fiel; porque fuiste fiel en lo poco, te constituiré sobre lo mucho (5)." Declarase mas lo sobredicho.

CAPITULO XXXII.

Habemos dicho que el tercer grado de humildad es cuando uno, teniendo grandes virtudes y dones de Dios, y estando en grande honra y estimacion, no se ensoberbece en nada, ni se atribuye a si cosa alguna, sino todo lo refiere y atribuye a su misma

(1) Non magnum est esse humilem in abiectione: magna prorsus, et rara virtus, humilitas honorata. Bernard. hom. 4 sup. Missus est. (2) Bernard. serm. 13 sup. Cantica. (3) Matth. V, 16. (4) I. ad Cor. IV, 5; II. ad Cor. XII, 14. (5) Euge, serve bone, et fidelis, quia supra pauca fuisti fidelis supra multa te constituam. Matth. XXV, 21.

frente, que es Dios, dándole á él la gloria de todo, y quedándose él entero en su bajeza y humildad, como si no tuviese ni hiciese nada. No queremos por esto decir que nosotros no obremos tambien y tengamos parte en las buenas obras que hacemos, que eso seria ignorancia y error: claro está que nosotros y nuestro libre alvedrio concurre y obra juntamente con Dios en las buenas obras; porque libremente da el hombre su consentimiento en ellas, y por eso obra el hombre, pues que de su voluntad propia y libre quiere lo que quiere y obra lo que obra, y en su mano está no obrar. Antes eso es lo que hace tan dificultoso este grado de humildad; porque por una parte habemos nosotros de hacer todas nuestras diligencias y poner todos los medios que pudiéremos, para alcanzar la virtud, y para resistir á la tentacion, y para que el negocio suceda bien, como si ellos solos bastasen para ello; y por otra, despues de haber hecho eso, habemos de desconfiar de todo eso como si no hubiéramos hecho nada, y tenernos por siervos inútiles y sin provecho, y poner toda nuestra confianza en solo Dios, como nos lo enseña él en el Evangelio: "Despues que hubiéredes hecho todas las cosas que os son mandadas (no dice algunas sino todas), decid: Siervos somos sin provecho (1)." Pues para acertar á hacer esto, virtud es menester y no poca. Dice Casiano: el que llegare á conocer bien que es siervo sin provecho y que no bastan todos sus medios y diligencias para alcanzar bien alguno, sino que ha de ser dádiva del Señor, este tal no se ensoberberá cuando alcanzare algo, porque entenderá que no lo alcanzó por su diligencia, sino por gracia y misericordia de Dios; que

(1) Cum feceritis omnia, quae praecepta sunt vobis, dicite: servi inutilis sumus, quod debuimus facere, fecimus. Luc. XVII, 10.

es lo que dice San Pablo (1): "¿qué tienes que no lo hayas recibido?" Dice San Agustin que nosotros sin la gracia de Dios no somos otra cosa sino lo que es un cuerpo sin alma. Asi como un cuerpo muerto no se puede mover ni menear, asi nosotros sin la gracia de Dios no podemos obrar obras de vida y de valor delante de Dios. Pues asi como seria loco un cuerpo que se atribuyese á sí el vivir y el moverse, y no al ánima, que en él está y le da vida, asi seria muy ciega el ánima que en las buenas obras que hace las atribuyese á sí misma, y no á Dios que le infundió el espíritu de vida, que es la gracia, para que las pudiese hacer. Y en otra parte dice (2): que asi como los ojos corporales aunque estén muy sanos, si no son ayudados de la luz no pueden ver, asi el hombre, aunque sea muy justificado, si no es ayudado de la luz y gracia divina, no puede vivir bien. Si el Señor no guarda bien la ciudad, dice David (3), en vano vela el que la guarda. Dice el Santo: "¡Oh si se conociesen ya los hombres y acabasen de entender que no tienen de qué gloriarse en sí, sino en Dios (4)!" "¡Oh, si nos enviase Dios una luz del cielo, con la cual quitadas las tinieblas conociésemos y sintiésemos que ningún bien, ni ser, ni fuerza hay en todo lo criado mas de aquello que el Señor de su graciosa voluntad ha querido dar y quiere conservar! Pues en esto consiste el tercero grado de humildad, sino que no llegan nuestras cortas palabras á acabar de declarar la profundidad y perfeccion grande que hay en él, por mas que lo andemos diciendo, ahora de una manera, ahora de otra;

(1) I. ad Cor. IV, 7.  
 (2) Aug. lib. de nat. et grat. cap. 26.  
 (3) Ps. CXXVI, 1.  
 (4) O si cognoscant se omnes homines, et qui gloriantur, in Domino gloriarentur. Aug. lib. 9 Conf. cap. 13.

porque no solo la práctica, sino tambien la teórica de él es dificultosa. Esta es aquella aniquilacion de sí mismos, tan repetida y encomendada de los maestros de la vida espiritual; este es aquel tenerse y confesarse por indigno é inútil para todas las cosas (1), que San Benito y otros Santos ponen por perfectísimo grado de humildad; esta es aquella desconfianza de sí mismo, y aquel estar colgados y pendientes de Dios, tan encomendado en las Sagradas Letras; este es verdadero tenerse en nada, que á cada paso oimos y decimos. ¡Oh! ¡si lo acabásemos de sentir asi con el corazón! Que entendamos y sintamos con verdad y prácticamente, como quien lo ve con los ojos, y lo toca y palpa con las manos, que de nuestra parte no tenemos, ni podemos, sino perdicion y pecados, y que todo el bien que tuviéremos y obráremos, no lo tenemos, ni obramos de nosotros, sino de Dios, y que suya es la honra y gloria de todo.

Y si aun con todo esto no acabais de entender la perfeccion de este grado de humildad, no os espanteis; porque esta es una teologia muy alta, y asi no es mucho que no se entienda tan facilmente. Dice muy bien un doctor que en todas las artes y ciencias acontece esto, que las comunes y claras cualquiera las sabe y entiende; pero las sutiles y delicadas no todos las alcanzan, sino solamente aquellos que son eminentes en aquella arte ó ciencia: asi acá, las cosas comunes y ordinarias de la virtud cualquiera las entiende; pero las particulares y sutiles, las altas y delicadas, no las entienden sino los que son eminentes y aventajados en aquella virtud. Y esto es lo que dice San Laurencio Justiniano, que ninguno conoce bien qué cosa es humildad,

(1) Ad omnia indignum, et inutilem se confiteri, et credere.

sino aquel que ha recibido de Dios ser humilde. Y de aqui es tambien que los Santos, como tenian profundísima humildad, sentian y decian tales cosas de sí, que los que no llegamos allá no las acabamos de entender y nos parecen encarecimientos y exageraciones; como que eran los mayores pecadores de cuantos habia en el mundo, y otras semejantes, como diremos luego. Y si nosotros no sabemos decir ni sentir estas cosas, ni aun las acabamos de entender, es porque no habemos llegado á tanta humildad como ellos, y asi no entendemos las cosas sutiles y delicadas de esta facultad. Procurad vos ser humilde é ir creciendo en esta ciencia y aprovechar mas y mas en ella, y entonces entenderéis cómo se pueden decir con verdad esas cosas.

CAPITULO XXXIII.

Declárase mas el tercero grado de humildad, y que de ahí nace que el verdadero humilde se tiene en menos que todos.

Para que entendamos mejor este tercero grado de humildad y nos podamos fundar bien en él, es menester tomar el agua de mas atrás. Asi como arriba dijimos (1), que todo el ser natural y todas las operaciones naturales que tenemos, las tenemos de Dios, porque nosotros éramos nada, y entonces no teníamos fuerza para movernos, ni para ver, ni oír, ni gustar, ni entender, ni querer; mas dándonos Dios el ser natural, nos dió estas potencias y fuerzas, y asi á él le habemos de atribuir asi el ser como estas operaciones naturales; de la misma manera y con mucha mayor razon habemos de decir en el ser sobrenatural y obras de gracia, y tanto mas,

(1) Cap. VI.